

EL FASCISMO EN ESPAÑA: ELEMENTOS PARA UNA INTERPRETACIÓN

Ricardo L. Chueca Rodríguez/
José Ramón Montero Gibert*

Introducción

Los análisis sobre el fascismo parecen sufrir de modo especial la incidencia de tres tipos de factores generales. El primero se encuentra expresamente apuntado ya en los sofistas griegos, en forma de pregunta que hoy vuelve a cobrar actualidad entre los filósofos del conocimiento¹. Dicho en términos muy simplificados, la pregunta vendría a formularse así: ¿cómo sabemos lo que creemos saber? Es decir, la certeza *supuesta* de nuestros conocimientos, ¿no se fundamentará exclusivamente en una pura seguridad tautológica? ¿No estaremos fiando nuestras seguridades en instrumentos de conocimiento y sujetos a todo tipo de sospechas? ¿Hasta dónde podemos llegar en la construcción de paradigmas

* Este trabajo quiere ser una síntesis de tres intervenciones individuales (de cada uno de los autores y del Profesor Javier Jiménez Campo) desarrolladas en una Conferencia internacional sobre Fascismo celebrada en Florencia en noviembre de 1982. Posteriores avatares propios del mundo editorial frustraron la publicación de lo que sin duda hubiese sido una excelente obra sobre fascismo europeo, dada la presencia en Florencia de los mejores especialistas. Transcurrido un más que prudencial período de tiempo nos ha parecido conveniente presentar nuestra valoración del singular fascismo español a partir de una elaboración sintética de las ponencias que presentamos a la Conferencia. Por circunstancias ajenas al caso, Javier Jiménez Campo no ha podido participar en la elaboración y redacción final del texto que ahora se ofrece y del que, naturalmente ha tenido conocimiento previo a la publicación.

¹ Entre las más recientes revisiones epistemológicas es muy recomendable la lectura de Paul WATZLAWICK, (comp.) *La realidad inventada ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?* Barcelona: GEDISA, 1989.

con tamaño factor de precariedad? Estas consideraciones tienen aquí un objeto harto más humilde de lo que pueda sugerir tan amplio planteamiento, circunscribiéndolas en todo caso al ámbito de las ciencias sociales en la actualidad. En este específico quehacer intelectual, las consecuencias de lo antedicho pueden llegar a ser especialmente perniciosas dado el protagonismo del componente especulativo².

Para el tema que nos ocupa es necesario advertir sobre un segundo factor de crisis de carácter coyuntural, pero quizá de efecto más incisivo. Como es sobradamente conocido, y por causas inmediatamente políticas, el pensamiento marxista —en sus varias corrientes— está también inmerso en una profunda crisis, quizá irreversible en sus perfiles más escolásticos. Dato especialmente importante pues se aceptará que la mayor parte, y desde luego la más vigorosa y militante, de los análisis sobre el fascismo se han forjado dentro de su amplio —y a veces impreciso— ámbito teórico-especulativo.

Y a lo anterior hay que superponer los factores de crisis manifiestos en la investigación sobre el fascismo español, en especial la escasez de las investigaciones politológicas y su enfoque cada vez más mixtificado. Ello merece que nos detengamos siquiera brevemente en las causas de este peculiar fenómeno, en el entendimiento de que en no pequeña medida se debe a la forma en que se han sucedido entre nosotros los acontecimientos políticos en los últimos años.

Resulta llamativo que, salvo honrosas —y escasísimas— excepciones, las investigaciones sobre nuestro inmediato pasado se encuentran en un sorprendente *impasse*. No se trata de que no se *hable* de ello; ni de que la sociedad civil haya tejido un tupido velo ocultador de supuestas vergüenzas colectivas. Ni tampoco de que no se esté historiando, sino de cómo se está haciendo. Pero los esfuerzos actuales son, sin embargo, mucho menos intensos de los de hace una década. Hoy, cuando las condiciones de todo tipo son comparativamente óptimas, la situación comienza a resultar casi menesterosa.

Una tesis, tan discutible como sugestiva, tendería a interpretar estas carencias de acuerdo a consideraciones ligadas con nuestro presente político. E incluso con la «cultura política» tradicional espa-

² Además, y como se ha recordado ya muchas veces, hay que atender a la especial estructura lógica de las ciencias sociales y a su naturaleza epistemológica. Cuando, por ejemplo, el historiador dice que él sólo muestra los *hechos*, no nos suele decir cuál es su *concepto* de hecho, y mucho menos su concepto de hecho *histórico*. Son evidentemente elementos vinculados a la especulación, y en definitiva al mundo de los valores, que se nos ofrecen formando un *todo* cognoscitivo en donde cualquier discernimiento es siempre difícil.

ñola³. Podría ser que la naturaleza *reactiva* de los cambios políticos en la historia contemporánea española operara ahora como pauta moral descalificadora de una operación política —la transición—, cuyo mismo nombre quiere ser políticamente neutro, es decir, no negador de *casi nada* ni de *casi nadie*. Esta madura posición de la sociedad española *ya* democrática, ni exculpatoria ni condenatoria de nuestro inmediato pasado, habría privado de su motivación fundamental a un conjunto de investigaciones realizadas desde una genérica militancia *democrática* y desde luego *netamente antifranquista*.

Las interpretaciones erróneas de tan sensata postura han sido varias. Unos han creído advertir en ella una cierta tendencia a la amnesia colectiva, fundamentada en las dificultades para comprender un hecho tan peculiar como la transición. Otros, y esto es quizá más grave, han interpretado esta especie de *senequismo* como un gesto de complicidad. Y así se ha tendido a trasladar la continuidad de la transición —la *no ruptura*, por utilizar la viejas palabras— a la interpretación del franquismo, otorgando a la posición de la sociedad civil unas virtualidades que jamás quiso ni pudo tener. En el extremo, ello ha llevado —sobre todo a algunos profesionales de la historia— a construir una interpretación de nuestro fascismo y del franquismo que *no debía de presentar ninguna sutura ni solución de continuidad*. Lo que obligaba necesariamente a la inadmisibles paradoja de pretender buscar en el sistema político franquista los mimbres de la democracia.

A veces ello ha llevado a un tipo de análisis que nos parece francamente discutible. A partir de la evidencia de que la historia se hace siempre desde el presente, se ha constreñido una pura narración de hechos hasta hacerla compatible con la *situación* política, erigida así en criterio depurador de los hechos *realmente ocurridos*, y que resultan ser sólo aquéllos capaces de explicar la descripción de la situación de presente previamente dibujada de modo más o menos arbitrario. Para todo ello resulta particularmente útil la tendencia actual de la historiografía que aboga por despojar a la Historia de la «presión» de las ciencias sociales.

La inversión metodológica que se propone, no ciertamente novedosa, tiene mucho que ver con las inseguridades y precariedades que las

³ Especialmente con la dinámica de *rechazo frontal* y *antagónico* de la situación política precedente, como si nunca hubiera existido. Recuérdese la secular práctica nacional de *derogación* del inmediato pasado cifrada, por ejemplo, en la obsesiva manía de alterar la denominación de las vías públicas, siempre víctimas del binominalismo de un nombre oficial que frecuentemente no coincide con el socialmente aceptado.

ciencias especulativas comportan. Si la misión consiste en explicarnos a nosotros mismos el pasado colectivo, la tarea comienza por explicarlo; y, allí donde como resultado de tal actividad sea el presente lo que se torne incomprensible —y por tanto la historia inútil—, deberá de comenzarse por revisar las propias metodologías, y en especial *los valores admitidos* respecto de ese pasado incomprendido.

El estudio sobre el fascismo en general, y muy especialmente el del español en particular, se construyó durante décadas en torno a una línea divisoria: la de fascismo-antifascismo. Su difuminación progresiva —por una mera pérdida de actualidad política— ha perjudicado de modo y con intensidad similares a su vigencia. Si aquella frontera adscribió políticamente a ambos lados de la misma a investigaciones de desigual valor, su supresión hoy contribuye a hacer pasar por postulados científicos afirmaciones vinculadas al presente político existente o deseable. Lo que probablemente ha sido posibilitado por el tremendo desgaste a que fue sometido el término de *fascismo*, que actualmente ha consumado su última etapa degenerativa al pasar de mote de jerga a palabra huera.

Estas y otras razones explicarían algún llamativo perfil de las escasas investigaciones actuales sobre el franquismo. Huérfanas, cuando no renuentes, de un arsenal categorial interdisciplinar, propenden a utilizar instrumentos conceptuales provenientes directamente de la cultura liberal y democrática, reflejando una discutible concepción de lo que significa la *actualización o divulgación* de los conocimientos científicos⁴.

Resultado de todo ello es el panorama presente: un conjunto de análisis sectorializados sobre el franquismo perfectamente solventes, pero que *reclaman pretensiones de generalidad*; que presentan un grado variable de «maquillaje», en el sentido anteriormente explicitado, al tiempo que gritan a los cuatro vientos una objetividad entendida como un mero encadenamiento de evidencias fácticas. Y todo ello lleva a un grado de perplejidad bastante como para provocar esta especie de *texto para debate* que, como es obvio, resulta en gran medida destilación de las investigaciones que sobre la materia han sido previamente realizadas por los autores. Es, por tanto, no un análisis pormenorizado y cerrado, sino un punto de partida para lo que hoy día está, en gran parte, todavía por hacer.

⁴ Típicamente, y a título de ejemplo anecdótico, la utilización de la categoría de «*gobierno de coalición*» para tipificar un gobierno nombrado por el General Franco.

I. Sincronía y diacronía en la recepción del fascismo

El 6 de octubre de 1937, en plena guerra civil española, Manuel Azaña, a la sazón Presidente de la II República, anotaba en su *diario* lo siguiente:

«Cuando se hablaba de fascismo en España, mi opinión era ésta: hay o puede haber en España todos los fascistas que se quiera. Pero un régimen fascista no lo habrá. Si triunfara un movimiento de fuerza contra la República, recaeríamos en una dictadura militar y eclesiástica de tipo tradicional. Por muchas consignas que se traduzcan y muchos mo-tes que se pongan. Sables, casullas, desfiles militares y homenajes a la Virgen del Pilar. Por ese lado, el país no da otra cosa. Ya lo están viendo. Tarde. Y con difícil compostura»⁵.

Luis Araquistáin, líder socialista del ala radical, había manifestado su opinión, ya en 1934, acerca de la inviabilidad de un fascismo similar al de los dos grandes modelos europeos:

«En España no puede producirse un fascismo de tipo italiano o alemán. No existe un ejército desmovilizado, como en Italia; no existen cientos de miles de jóvenes universitarios sin futuro, ni millones de desempleados, como en Alemania. No existe un Mussolini, ni siquiera un Hitler; no existen ambiciones imperialistas, ni sentimientos de revancha, ni problemas de expansión, ni siquiera la cuestión judía. ¿A partir de qué ingredientes podría obtenerse el fascismo español? No puedo imaginar la receta»⁶.

En ambos casos, como se deduce fácilmente, hay, aun contempladas las diferentes fechas y creencias ideológicas, un postulado implícito: los juicios lo son por referencia a movimientos de otros países. No podía ser de otra manera. El fascismo español fue un fascismo particularmente tardío, un auténtico *latecomer* según el buen decir de Linz⁷. Los dos primeros años —tras su nacimiento formal en 1931— fueron los de un grupúsculo dedicado esencialmente a sobrevivir. Jiménez Campo ha demostrado convincentemente que por estas fechas el fascis-

⁵ Manuel AZAÑA, *Obras completas*, v. IV, *Memorias políticas y de guerra*, México: Oasis, 1968, p. 813.

⁶ Luis ARAQUISTAIN, «The struggle in Spain», en *Foreign Affairs*, 12 (1934), p. 470.

⁷ Juan J. LINZ, «Political space and fascism as a latecomer», en Stein V. Larsen, Bernt Hagtvet y Jan P. Myklebust (eds.), *Who were the fascists. Social roots of European fascism*, Bergen: Universitetsforlaget, 1980, pp. 153 ss.

mo español era, todavía, un escaqueo que producía hilaridad y que en ningún caso preocupaba⁸.

Se trataba, pues, de un movimiento muy débil. Tanto que en junio de 1933 sufre una de las mayores humillaciones posibles. Un sector significativo de la intelectualidad española lanza un manifiesto antifascista, y en el que Unamuno, Marañón, Jiménez de Asúa y otros denuncian el terror y el aniquilamiento en que puede desembocar el fascismo... *alemán*⁹. Una tónica similar se apreciaba en las posiciones políticas del movimiento obrero, que en su mayoría explicaban el fascismo como un episodio de la lucha de clases y reproducían con mayor o menor rigor los análisis de sus correligionarios más allá de nuestras fronteras: una especie de antifascismo *à la page* a tono con los sucesos continentales¹⁰.

Los grupos republicanos moderados se acogían en general a lo que podríamos llamar una perspectiva *liberal*. Y, así, apreciaban en el movimiento fascista esencialmente una especie de obstáculo episódico en la imparable marcha del progreso. También, por supuesto, hubo partidarios más o menos confesos de la «teoría de los caracteres nacionales»¹¹, como en cierto modo el propio Araquistáin ya citado. Una teoría en la que incluso llegó a incurrir el órgano oficial de los anarquistas españoles, *Solidaridad Obrera*.

Similar esquema, aunque en abierta disposición positiva, nos ofrece el espectro conservador. Sin perjuicio de que más adelante aludamos al espinoso tema de las relaciones entre derecha y fascismo, en particular

⁸ Javier JIMÉNEZ CAMPO, *El fascismo en la crisis de la II.ª República*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979, p. 52.

⁹ El manifiesto está recogido en *El Socialista*, 11 de junio de 1933. El propio Unamuno, lúcido y contradictorio, interpretaba el fascismo español en noviembre del mismo año como un fenómeno de «una infantilidad aterradora, de una vaciedad que podríamos llamar maciza, si no implicara esto contradicción... Y en resolución, que retrasado mental no quiere decir retrógrado, sino mentecato, pero no inocente, no inofensivo». «Comentario. La IONS «(sic) en *Ahora*. 1 de noviembre de 1933.

¹⁰ Un manifiesto que proyectaba un «Frente Antifascista» apareció meses antes que el citado en la nota anterior y en la misma línea *Luz*, 1 de abril de 1933. El manifiesto apareció suscrito por Dolores Ibárruri, Julio Mangada y José A. Balbontín, entre otros. En todo caso el peligro fascista era mayoritariamente corporeizado desde finales de 1933 por la CEDA.

¹¹ Muy sintéticamente, esta tendencia explicaba los fascismos en términos nacionales; es decir, religando su nacimiento y desarrollo a específicas condiciones de la sociedad nacional concreta. Se terminaba concluyendo necesariamente que se trataba de un fenómeno singular e irrepetible. Las cosas cambiaron cuando empezaron a generalizarse los movimientos fascistas, y la teoría cayó en bancarota. Empero, durante algún tiempo —hasta el ascenso de los nazis— tranquilizó y en cierto modo neutralizó a una gran parte del antifascismo.

al problema de los *fascistizados*, es necesario apuntar ahora la visión que durante la primera mitad de la República tuvieron del fascismo nuestros conservadores y reaccionarios. Para empezar, debe afirmarse que también entre ellos una de las características fue la de la distancia, que no indiferencia. En realidad, el fascismo italiano y el alemán llamaron la atención e interesaron tempranamente a las derechas españolas. Sus juicios solieron moverse entre la ambivalencia y la variación. Las aceptaciones parciales en clave conservadora de algunos contenidos fascistas lo fueron con toda clase de reservas. Ramiro de Maeztu fue probablemente quien más encendidos elogios brindó al fascismo, aunque distanciándose de su posible uso interno: la tradición histórica española *era* fascismo. Pero abominaba del fascismo de masas, que le parecía incomprensible en un movimiento antidemocrático. Aprobaba únicamente su carácter dictatorial, con el que concordaba, y aborrecía su procedencia extranjera¹². Olvidaban nuestros fascistizados su propio parasitismo doctrinal respecto del integralismo y el grupo de *Action Française*¹³.

La *Confederación Española de Derechas Autónomas* (CEDA), versión española del catolicismo social, tuvo una actitud que osciló entre un prudente distanciamiento y una admiración no siempre disimulada. Las alabanzas a los regímenes fascistas en auge se compensaban con

¹² He aquí algunos ejemplos: «Las muchedumbres están en la política. Podemos lamentarlo. Sería mucho más provechoso para ellas consagrarse al trabajo y que la Providencia las librára de los agitadores que les sacan de sus casillas. El hecho es que están en la política y hay que dirigirlas. Y esto es lo que hace Hitler como nadie. Ello es difícilísimo...». Ramiro de MAEZTU, «Adolfo Hitler» *ABC*. 1 de junio de 1933. «Toda la historia verdadera [sic] de España, en sus más gloriosos momentos, fue un fascismo católico... [Hay que] volver a revivir la historia integral de España desde el punto en que se la dejó hace un siglo o, si se quiere hace tres». José PEMARTIN, «Vida cultural», en *Acción Española*. 39, 16 de octubre de 1933. Pero las distancias se establecían rápidamente. «La masa no debe llevar el mando; debe tener confianza en quien la manda. Por eso yo no soy fascista. Nosotros queremos ir a las entrañas de nuestra Historia, pero, para ello, nos molesta el gorro frigio (...).» José CALVO SOTELO, del discurso en el mitin de Málaga según la referencia de *La Nación*, 3 de junio de 1935. Sintéticamente, la posición fue ejemplarmente formulada por Eduardo AUNÓS: «No se puede importar lo que hay en otras partes. Lo que se haga aquí ha de ser netamente nacional. Ahora bien, el fascismo tiene pautas y orientaciones que son universales. Por ejemplo: la anti-democracia...». *La Nación*, 18 de junio de 1934. *In extenso*, en JIMÉNEZ CAMPO, *El fascismo en la crisis*, pp. 58 ss.

¹³ Cfr. Raúl MORODO, «La formalización de Acción Española», en *Revista de Estudios Políticos*, 1, 1978, pp. 29-49. Del mismo, «Acción Española: una introducción al pensamiento político de extrema derecha», en *Teoría y Sociedad. Homenaje al Profesor Aranguren*, Barcelona, 1970. Y, más recientemente, *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid: Alianza, 1985.

posturas críticas respecto de *determinadas* manifestaciones de la ideología y la práctica. En la base de esta ambivalente postura estaba, sin duda, la repulsa al *panestatismo*, contraria a los principios del corporativismo católico, pero también las consecuencias de la táctica del accidentalismo, descendiente más o menos directa del *ralliement* francés. Sin embargo, también la CEDA, como veremos más adelante, gustó de elementos ideológicos y organizativos provenientes del bagaje fascista¹⁴.

Estamos, pues, ante un fascismo muy tardío y particularmente débil, despreciado en general por los movimientos de izquierda, asfixiado por el partido hegemónico de la derecha durante la Segunda República e instrumentado sistemáticamente por los grupos más conservadores, que lo conciben como un *alter ego* extranjero. Con sobrada razón ha podido hablarse de una «mímesis desafortunada»¹⁵. Y, sin embargo, con el tiempo y los acontecimientos, aquel conjunto de fascistas a los que durante una gran parte de la República nadie había otorgado el menor crédito resultó ser componente fundamental del régimen surgido de la guerra civil, del que con toda justicia se pudo predicar durante varios años su carácter totalitario. A la descripción de algunos perfiles de ese proceso, partiendo de sujeto político tan irrelevante, dedicamos las páginas que siguen.

II. Las condiciones de partida: el fascismo republicano

El 14 de marzo de 1931, un mes antes de la proclamación de la II República española, aparece en Madrid el semanario *La Conquista del Estado* (L.C.E.). El grupo que lo nuclea —jóvenes, pequeño-burgueses, intelectuales y burócratas— constituirá el germen del fascismo en España. A su frente figura Ramiro Ledesma Ramos, que propugna un fascismo laico, demagógico y de fuertes tintes sindicalistas. Se trata de jóvenes subyugados por los avances tecnológicos y aún más por las ideologías políticas que parecían anunciar el definitivo derrumbe de los sistemas liberal-parlamentarios, desde una perspectiva que recuerda vagamente al futurismo italiano. De ahí su antiburguesismo anómico, su predilección por las masas y por sus técnicas de manipulación (al estilo del *Parti Populaire* de Doriot o del «ala Strasser» del *NSDAP*). Las críticas a la burguesía —siempre formando un todo con la democracia y el

¹⁴ Cfr. José Ramón MONTERO, *La CEDA: el catolicismo social y político en la II.ª República*, Madrid: Ediciones de la Revista de Trabajo, 1977.

¹⁵ JIMÉNEZ CAMPO, *El fascismo en la crisis*, p. 43.

socialismo— son tributo imprescindible para atraer a las masas obreras. Estos elementos ideológicos —con leves matices y adecuaciones— pasarán a las *Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas (JONS)* cuando el grupo de *L.C.E.* vea desaparecer su periódico por orden gubernativa y contribuya a formar este nuevo grupo político.

No deja de ser llamativo que el grupo de *L.C.E.* ignorara cualquier componente religioso. Todo lo contrario de las *Juntas Castellanas de Actuación Hispánica (J.C.A.H.)*, que desde Valladolid confluirán con aquél en las *JONS*. Nacidas de núcleos inequívocamente conservadores, tenían por líder a Onésimo Redondo, un miembro de la *Acción Católica Nacional de Propagandistas (ACNDP)* que había figurado como fundador de Acción Popular, luego CEDA. Estamos ante un grupo activista de carácter confesional, clerical y religioso. Junto a la exaltación del credo católico y de los valores tradicionales de la España rural, contenía un fuerte componente populista ligado a las reivindicaciones de los pequeños propietarios y arrendatarios rurales. De ahí su obsesión por el orden, la impugnación radical de las autonomías regionales y la reticencia a la clase obrera organizada. La repulsa a cualquier innovación y cierto componente antisemita importado directamente de Alemania terminan por componer el bagaje ideológico del sector fascista español colindante con la derecha tradicional.

El año 1933 contempla el desembarco en la operación de quien será discutido líder del fascismo español. José Antonio Primo de Rivera es, a un tiempo, elemento catalizador y equilibrador; en todo caso decisivo para el nacimiento de FE de las *JONS* como partido unitario. Primo de Rivera aporta —de su pertenencia a grupos monárquicos-conservadores— un regeneracionismo conservador derivado de la problematización sobre la decadencia de España y una nostalgia del pasado señorial propia del *Ancien Régime*. Como ha observado Jiménez Campo, Primo se propone la revolución de la burguesía¹⁶. Es decir, que, para garantizar unas relaciones de dominación de clase mediante su reforzamiento en el marco de unas estructuras políticas antiliberales, es necesario el sacrificio, valor entendido que tenía en nuestro país escasos seguidores potenciales¹⁷.

¹⁶ JIMÉNEZ CAMPO, *El fascismo en la crisis*, pp. 133 ss.

¹⁷ «Sí, de nosotros podéis decir que somos señoritos. Pero traemos el espíritu de lucha precisamente por aquello que no nos interesa como señoritos; venimos a luchar porque a nuestras clases se les impongan sacrificios (...). Y así somos, porque así lo fueron siempre en la Historia los señoritos de España. Así lograron alcanzar la jerarquía verdadera de señores (...).» José Antonio PRIMO DE RIVERA, *Textos de doctrina política*, Madrid, 1966; citado en JIMÉNEZ CAMPO, *El fascismo en la crisis*. p. 135.

Los *temas básicos* del fascismo español no ofrecen grandes variaciones en lo esencial respecto de sus homólogos extranjeros¹⁸. El *irracionalismo* se plantea como elemento distintivo en el nivel ideológico, siendo perfectamente aplicable la distinción de Mannheim entre racionalidad sustancial y adjetiva, dedicando aquéllos tanto fervor a la segunda como desprecio a la primera¹⁹. La exaltación de la «poesía de la vida» como opuesta a la razón, la valoración del mito y una clara legitimación irracionalista de la violencia completarían este aspecto.

La *mística de la juventud* es otro de los elementos constantes, que subviene a varias necesidades. Lo juvenil es irracionalismo y violencia, pero también «algo por encima de las clases» con marchamo de síntesis social y política. FE-JONS es por este extremo un movimiento contra «lo viejo» que suplanta la lucha de clases por la de generaciones.

El *populismo* procede notablemente de las *JCAH*, y es un elemento indispensable para comprender el fascismo español. Supone un claro efecto de la polarización política de una sociedad que seguía siendo sobre todo agraria, amante de la vida cíclica y estacionaria del campo frente a la ciudad como nido de discordias. Aquí se va a producir una fusión ideológica con el conservadurismo «apolítico» procedente de Falange Española (FE).

El fascismo fue sobre todo la novedad de una táctica en la lucha contra el socialismo. De ahí el *corporativismo*, que además encajaba perfectamente en una sociedad precapitalista por tantos conceptos. El Estado corporativo es sólida garantía de respeto a las jerarquías sociales y salvaguarda de la configuración desigualitaria del proceso de producción social.

El *elitismo* es no menos fundamental componente. La relación entre masa y minoría, su carácter aristocrático, se refleja perfectamente en la organización y funcionamiento de FE-JONS. Así se percibe la otra cara de la moneda; la atracción por las masas se combina con un desprecio hacia las mismas que nos pone en la pista de la composición burguesa, de pequeña burguesía sobre todo, del fascismo español. Primo de Rive-

¹⁸ Rafael DEL ÁGUILA TEJERINA, *Ideología y fascismo*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1982, especialmente en su segunda parte.

¹⁹ La distinción entre racionalidad sustancial y adjetiva, no necesariamente equiparable al criterio próximo de racionalidad formal y material, no es original de Karl Mannheim. Está también presente en la obra de Georg Simmel o en la de Max Weber. Con todo, la utilización que hace Mannheim de aquella distinción es particularmente sugestiva para el análisis de los procesos sociales y políticos. In extenso en *El hombre y la sociedad en la época de crisis*, 2 vols., Madrid: Revista de Derecho Privado, 1936. (Traducción de Francisco Ayala).

ra hablará de «los camiones cargados de carne humana y engalanados de rojo» ante el estremecimiento que le produce la movilización popular que acompaña la proclamación de la República²⁰.

Y el *nacionalismo* es, cómo no, elemento fundante del discurso ideológico fascista en España. Pero con limitaciones, provenientes unas de la existencia de los nacionalismos periféricos y otras de la vinculación entre el concepto de nación y el propio liberalismo europeo. Nación, en fascista español, quiere decir unidad. E Imperio es en primer lugar retórica; pero también presencia cultural más allá de nuestras fronteras. Incluso en los más radicales formuladores tiene una acepción de expansión territorial, como es el caso de uno de los principales teóricos fascistas, Ernesto Giménez Caballero²¹.

Crisis del fascismo y crisis de la República

Durante los dos primeros años de la República el fascismo español pasó inadvertido, según quedó ya indicado. Se trata de un grupo políticamente aislado tanto en su forma de *LCE* como después en las *JONS*, alteraciones de orden público aparte. En cambio, a partir de 1933 los grupos fascistas españoles pasan a merecer la atención, mayor o menor, del conjunto de los grupos políticos, tanto por razones internas como internacionales.

El impacto producido por el ascenso al poder del *NSDAP*, el 30 de enero de 1933, se acusa por todos los grupos políticos, que además asisten al progresivo desgaste de la coalición republicano-socialista. De otro lado, la aparición del periódico *El Fascio*, en marzo de 1933, crea un marco de síntesis y convergencia de todos los grupúsculos fascistas. Y, sin embargo, para todas las fuerzas políticas los fascistas españoles no son considerados sujetos concurrentes, sino meros objetos políticos. Los pronunciamientos a izquierda y derecha vienen determinados por razones tácticas propias del juego político; temerosos todos ellos de que un débil fascismo sea exagerado por aliados o contrarios para mejorar sus respectivas posiciones políticas. Se podría hablar por ello de una *trivialización* del fenómeno fascista, que no se modifica cuando el 29 de octubre de 1933 se funda Falange Española.

²⁰ «España estancada», en *Arriba*, 1, 21 de marzo de 1935.

²¹ En este tema nos parece imprescindible subrayar las tesis de Herbert Southworth acerca del carácter estructural de la idea de imperio en la concepción fascista de la política. Cfr. especialmente su *Antifalange. Estudio crítico de "Falange en la guerra de España"* de M. García Venero, París: Ruedo Ibérico, 1967. De Ernesto Giménez Caballero debe consultarse, al menos en este aspecto, *Los secretos de la Falange*, Barcelona: Yunque, 1939.

Es éste el año, sin embargo, en que el fascismo realiza sus ofertas, que básicamente son dos: defensa de la propiedad privada y dinamización de un (por lo demás, inverosímil) movimiento de masas antirrepublicano. De ahí que sea una fracción oligárquica de las burguesías españolas, ligada a los intereses agrario-latifundistas y al capital financiero vasco, quien más se sensibiliza hacia los iniciales movimientos fascistas. De ahí también el apoyo de las *JONS* a las candidaturas derechistas en las elecciones de 1933 y las especiales relaciones con los elementos monárquicos, algunos de cuyos más significados teóricos llegaron a militar en el movimiento. Otro eje de convergencia se creó en torno a la táctica de la derecha reaccionaria consistente en convertir a los grupos fascistas en su brazo armado, aunque en 1934 este entendimiento entró en franco deterioro.

Los grupos fascistas españoles se lanzan así a la búsqueda de sus masas, con arreglo a las tácticas que ya habían utilizado con resultados tan positivos sus «hermanos mayores» europeos. El fracaso fue, sin embargo, espectacular. Como señala Jiménez Campo, ello es debido a que la oferta se ve estrangulada por la apertura de un conflicto ya netamente de dominación, con unas organizaciones obreras fuertemente consolidadas y dotadas además de una creciente influencia y penetración en las capas sociales a las que dirige su acción²². Las fisuras que se ofrecían a un débil fascismo eran escasas, lo que tiene singular importancia a la hora de analizar el fracaso del proceso de fascistización en nuestro país.

En el medio rural el grupo de *L.C.E.* comenzó su labor mediante declaraciones fuertemente demagógicas, que cayeron en el más profundo de los vacíos. Más eficaz —aunque territorialmente reducida— fue la doble labor de adoctrinamiento ideológico y encuadramiento partidario llevada a cabo por Onésimo Redondo sobre la base de los sindicatos agrarios castellanos. Pero a pesar de esta localización geográfica, derivada de una supuesta propensión particular hacia la mercancía fascista, el fascismo castellano —y en especial el de Valladolid— fue siempre un fascismo urbano delator de su fracaso en el medio rural. Fracaso que con toda evidencia fue debido al monopolio de la cultura política y el encuadramiento por parte de una serie de organizaciones políticas —el catolicismo social y político— que ofrecía sobrado material a las primarias identificaciones del campesinado de la España profunda²³. *F.E.*,

²² Cfr. el capítulo tercero de JIMÉNEZ CAMPO, *El fascismo en la crisis*, especialmente pp. 221 ss.

²³ Juan J. LINZ, «Some notes toward a comparative study of fascism in sociological historical perspective», en Walter Laqueur (ed.) *Fascism. A reader's guide. Analyses, interpretations, bibliography*, Harmondsworth: Penguin, 1976, p. 27.

por su parte, no ofreció alternativas significativas respecto del grupo de Redondo.

Por lo que se refiere a la clase obrera, el fascismo se decantó netamente hacia el proselitismo entre los sectores de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), la organización de los anarquistas españoles. Nuestros fascistas creían, o aparentaban creer, en ciertos puntos supuestamente comunes con las propuestas anarquistas. Tal intento se saldó con otro fracaso no menos espectacular. De un lado por razones de índole ideológica, pues tras la subida al poder del partido nazi el antifascismo pasó a ser una característica básica de cualquier movimiento anticapitalista. Del otro, porque en el caso español, aunque la CNT sufriera un debilitamiento por sus fracasos revolucionarios, no ocurrió lo mismo si se contempla el movimiento obrero en su conjunto, que además marchaba a pasos agigantados hacia la unidad orgánica de acción. En España no se produjo nunca el debilitamiento del movimiento obrero que permitió en Italia y Alemania la penetración fascista.

Las pequeñas burguesías urbanas supusieron otro fiasco para FEJONS. Nunca consiguió ser el partido hegemónico de las clases medias urbanas ni acertó a movilizar en provecho propio su descontento político y social. Una de las cuestiones clave quizá sea responder a la pregunta de porqué no fue posible la fascistización de estas pequeñas burguesías. Cualquier intento de respuesta debe de considerar en primer lugar la debilidad de la fracción burguesa liberal, que convirtió el problema del Estado español en un problema de las pequeñas burguesías. La pequeña burguesía se canalizó hacia Acción Republicana, los radicales y los radical-socialistas. Y ello porque la democracia representativa, en España y en 1931, no era un anacronismo. Además, la reciente experiencia dictatorial de Miguel Primo de Rivera había actuado como vacuna contra otro tipo de opciones.

Tampoco en nuestro país se había producido una crisis de representación que predispusiera hacia una alternativa fascista. Como ha escrito Jiménez Campo, «republicanos liberales y pequeño burgueses conservadores no experimentaron la necesidad de ser representados por una fuerza política que enlazara la retórica “nacional” con postulados “revolucionarios” y “antiburgueses”»²⁴. Semejante exigencia sólo podía haber surgido, como hemos apuntado, a partir de un abandono, por parte de esos sectores, de su marco simbólico de referencia en el Estado burgués. Si tal abandono no se produjo fue debido, según creemos, a la

²⁴ JIMÉNEZ CAMPO, *El fascismo en la crisis*, p. 262.

relativa estabilidad económica de las capas medias de la población española durante los años treinta. La escasa incidencia de la crisis económica mundial en el nivel de vida de la población y la inexistencia de grandes alzas en los precios al consumo facilitaron que las pequeñas burguesías españolas no experimentaran, al contrario de lo ocurrido en Alemania y en Italia, esa violenta sensación de «privación relativa» en sus expectativas económicas²⁵. No hubo, desde esta perspectiva, base objetiva para la crisis de identidad social que necesitaba el fascismo ni para la asimilación, por parte de las fuerzas sociales que estudiamos, de un discurso que, demagógicamente, proponía la «revolución nacional» como expediente, esta vez efectivo, de la contrarrevolución²⁶.

Durante 1934 se patentiza fielmente la crisis del fascismo español por la imposibilidad de encontrar audiencia bastante entre los sectores sociales teóricamente disponibles para un proyecto fascista. La España rural, la clase obrera y las viejas clases medias rechazaron la oferta fascista. Los miembros de la oligarquía y el capital vasco que habían protegido al incipiente fascismo comienzan ahora a declinar su apoyo, al tiempo que el aislamiento de FE-JONS alcanza cotas muy significativas. Es además el año de la radicalización del socialismo, del proceso de convergencia entre las distintas formaciones obreras y de la progresiva concentración de las fuerzas sociales conservadoras; en definitiva, de la declaración de un conflicto de dominación que termina con un débil proceso de fascistización cuyo fracaso consuma.

²⁵ Ya parece estar bastante probado entre los historiadores de la economía que los efectos de la crisis de 1929 tuvieron en España un reflejo parcial, tardío y atenuado por causas que tenían que ver con nuestro atraso económico estructural y por la relativa importancia de nuestro comercio exterior, entre otras razones. Durante toda la República los precios crecieron, en grado variable, aunque siempre más de lo que lo habían hecho durante la Dictadura. Francisco COMÍN COMÍN «La economía española en el período de entreguerras (1919-1935)» en Jordi Nadal, Albert Carreras, Carles Sudrià (compiladores) *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona: Ariel, 1987, pp. 128 y ss. Véase también, del mismo Comín, la utilísima y monumental *Hacienda y economía en la España contemporánea*, Madrid: IEF, 1988. Sobre el mismo tema puede verse, además, J. HERNÁNDEZ ANDREU, *Depresión económica en España. 1925-1934*, Madrid: IEF, 1980; *España y la crisis del 29*, Madrid: Espasa Calpe, 1986. Angel VIÑAS (y otros) *Política comercial exterior de España (1931-1975)*, Madrid: Banco Exterior de España, 1979, vol. I, pp. 15-140. Del mismo autor, «España frente a la gran depresión. Cambio, precios y comercio exterior bajo la II República», en V.A. SERRANO y J.M. LUCIANO (eds.), *Azaña*, Madrid: Edascal, 1980, pp. 311-334. Tesis muy similares, para lo que nos interesa ahora, también en Josep FONTANA y Jordi NADAL, «España 1914-1979», en Carlo M. CIPOLLA, *Historia económica de Europa*, vol. 6, *Economías contemporáneas*, Barcelona: Ariel, t. 2, pp. 95-163, especialmente p. 119.

²⁶ JIMÉNEZ CAMPO, *El fascismo en la crisis*, p. 262.

Las razones que abonaron esta situación fueron de variado cariz. De una parte, la comprobación por sus mecenas del escaso éxito que su patrocinado obtuvo. Pero lo decisivo fue, de otra, la constatación de que la ideología fascista no era la adecuada para defender el orden básico, amenazado por una coyuntura ya claramente pre-revolucionaria.

Fruto de este fracaso es el cuarteamiento de la propia organización. Una facción, la de Ledesma Ramos, persiste en su intento de convertir a FE-JONS en una organización de masas, pero frente a ella otra se configura como la encargada de acercar el mensaje al bloque conservador. En este marco hay que entender la posición que ocupa Primo de Rivera como el hombre del aparato partidario que intenta permanecer equidistante de ambos grupos. De uno podían venir las masas, del otro provenía el apoyo económico. Así, el Partido, mientras denostaba a las derechas tradicionales con una mano, recibía con la otra el dinero para su financiación. Esta contradicción, que terminará con el apoyo financiero que desde agosto de 1934 suministraba el Bloque Nacional, es la que, para evitar la escisión, forzará a Primo de Rivera a asumir la Jefatura Nacional mientras se produce en octubre la sublevación obrera de Asturias. Sin embargo, el Mando único no acalla las protestas, que acabarán produciendo una escisión por cada una de las alas del Partido: Ledesma por los radicales y el marqués de la Eliseda por el lado más próximo al bloque conservador. Con éste desaparecía la financiación, con aquél la teorización del «ala obrerista».

Así las cosas y encarado ya abiertamente el conflicto de dominación, Falange va a tener como único objetivo la cohesión partidaria y la financiación; ésta última la logrará en el exterior a través de la Embajada italiana en París. Solventadas las urgencias económicas, el líder asume en su persona al gran problema de un partido pequeño: situarse como mediador entre el fracaso y la disciplina para hacer sobrevivir la organización. La táctica consistió en forzar una radicalización del mensaje ideológico de modo tal que, invirtiendo la relación, el aislamiento apareciera como producto lógico de un mensaje extremado. A su vez, ello producía el efecto de desorientar a la corriente ledesmista, que ahora ya no podía entender la escisión de su jefe de filas, cuyas acusaciones-razones de la escisión quedaban desmentidas por la práctica política.

A partir de aquí Falange se decanta claramente, ayuna de apoyos, por situarse con ventaja en las relaciones con el Ejército como multiseccular solventador de las crisis políticas, siempre apuntalando a la burguesía española ante las amenazas revolucionarias. Era su única oportunidad, la puerta falsa por la que podía encaramarse a un puesto

privilegiado en la eventual nueva situación. Mas es lo cierto que los esfuerzos que el Partido despliega para convertirse en mentor político de la conspiración militar no tuvieron éxito alguno.

En tal tesitura se produce en 1935 la crisis del Partido Radical y la disolución de las Cortes, que abren la vía de la que será última convocatoria electoral de la República. De nuevo Falange, consciente de sus nulas posibilidades de lograr una sola acta de diputado, imprime un nuevo y espectacular viraje para intentar integrarse en la coalición derechista reclamada por todas las fuerzas conservadoras, una especie de Frente Nacional. Fracasadas las negociaciones, FE-JONS encara en solitario unas elecciones en las que va a sobresalir por su ejercicio de la violencia y por unos ridículos resultados electorales²⁷.

Con la victoria del Frente Popular los acontecimientos se precipitan. Una crisis aguda de representación produce el derrumbe de la CEDA y un subsiguiente incremento de militantes falangistas, que en la víspera de la guerra civil pasarían ya de 6.000. Por lo demás, Falange se vuelca a partir de entonces en el esfuerzo por mantener la organización, al tiempo que estimula en la medida de lo posible la sublevación, para obtener así al menos un reconocimiento orgánico por parte de los futuros alzados. Todo ello adobado con una intensificación de las acciones terroristas por parte de los grupos de choque, que intentaban con tales artes agudizar la deteriorada situación republicana.

Falange se alinea ya claramente con todo el espectro derechista, e incluso Primo de Rivera figura en una elección parcial en mayo de 1936 como candidato del bloque conservador. A partir de aquí ya no habrá sino un alocado proceso de identificación con lo que FE-JONS estimaba que era una imagen presentable para un Ejército que en una parte importante se iba a alzar en días contra el Gobierno legítimo.

III. La fascistización de la derecha española en la Segunda Republica

La literatura sobre el fascismo utiliza el término de *fascistización* en dos sentidos o acepciones que a veces son intercambiables. Por proceso de fascistización, siguiendo a Jiménez Campo, se entiende «aquél a través del cual el fascismo va consolidándose en la formación social

²⁷ Obtuvo el 1,2% de votos en Madrid-capital; el porcentaje más alto en Cádiz, 4,6%, feudo de la familia Primo de Rivera. En el nivel nacional obtuvo el 0,6%, lo que en cifras absolutas suponía aproximadamente 600.000 votos sobre el total de 10 millones emitidos. Cfr. Javier TUSSELL, *Las elecciones del Frente Popular en España*, Madrid: Edicusa, 1971, vol. 2, p. 95.

mediante la ideologización de amplias capas de la población y apoyado en las relaciones establecidas con diversas fracciones burguesas»²⁸. Pero hay también un sentido mucho más amplio, según el cual se aludiría a la asunción de una serie de residuos ideológicos de la concepción fascista por parte del conjunto ideológico conservador, bien que nunca alcancen un grado de centralidad relevante²⁹. Se asume la fraseología, ciertos símbolos e incluso la práctica de la violencia política sin alterar el mensaje conservador básico. Esta segunda distinción es de singular importancia para situar convenientemente el partido hegemónico de la derecha española durante la Segunda República.

La patente ausencia de un partido fascista relevante abre la vía a la constatación de Payne: «Una de las paradojas de la política española fue que en el bienio 1934-1936, cuando el “comunismo” *versus* el “fascismo” comenzaron a dividir más y más el cuerpo político, el auténtico comunismo era completamente débil y el auténtico fascismo era virtualmente inexistente»³⁰. Pero no debe deducirse de ello la falsedad absoluta del peligro fascista que la izquierda obrera empezó a combatir en 1933. Preston ha señalado lo desafortunado de este enfoque, que imputaría a los partidos de izquierda una exageración del peligro fascista y que sobre todo invita a no examinar los rasgos fascistas que presentan los grupos derechistas³¹. Recuérdese que para el líder fascista Ledesma Ramos la esperanza de un futuro a medio plazo descansaba en los que denominó como *fascistizados* y en los que, junto al Bloque Nacional y al grupo de Primo de Rivera, incluía a Gil Robles y en especial a su sección juvenil, las Juventudes de Acción Popular (JAP). Aquí es donde se origina otra de las paradojas propias del caso español. Frente a un partido fascista débil se sitúa una organización política que, sin ser fascista *strictu sensu*, presentaba una pulsión fascistizante de peligrosas consecuencias para la estabilidad del régimen republicano. Parafraseando a Bracher, la subestimación del partido fascista propiamente dicho venía acompañada de la enorme importancia concedida al peligro fascista personificado en la CEDA³².

²⁸ JIMÉNEZ CAMPO, *El fascismo en la crisis*, p. 32, n. 48.

²⁹ ÁGUILA TEJERINA, *Ideología y fascismo*, p. 244.

³⁰ STANLEY PAYNE, «Spanish fascism in comparative perspective», en *Iberian Studies*, 2 (1973), p. 9.

³¹ PAUL PRESTON, «Teoría y práctica del fascismo español», en *Cultura, Sociedad y política en el mundo actual*, Madrid: U.I.M.P., 1981, pp. 210-211.

³² KARL DIETRICH BRACHER, *La Dictadura alemana. Génesis, estructura y consecuencias*, Madrid: Alianza, 1973, vol. 1, pp. 268-269.

De ahí también otra variación ofrecida por el caso español en la relación fascismo-antifascismo. Aquí el antifascismo emergió a causa de un partido fascistizado, la CEDA, y la competencia política se articuló entre un frente antifascista y un partido no fascista, aunque sí fascistizado. En suma, esta dinámica cristalizaría en un antifascismo que, si superior a la importancia de FE-JONS, operaba como contrapunto de la CEDA, que quedaba así configurada como el peligro fascista.

Tanto FE-JONS como la CEDA fueron, como ya es sabido, dos *latecomers*, utilizando la acertada acepción de Linz³³. Pero exceptuando esta comunidad puramente cronológica, sus derroteros fueron espectacularmente diferentes. En efecto, ambos alcanzaron su formación definitiva en 1933 y ambos formaron sus núcleos originarios en 1931. Pero inmediatamente el tradicional discurso ideológico del conservadurismo español supo actualizarse recuperando el espacio político que el nuevo régimen dejaba aparentemente vacío mediante una serie de factores que demostraron su virtualidad ideológica y organizativa. De entre ellos destacaremos los siguientes:

- a) La ininterrumpida socialización política conservadora de amplios estratos de las clases medias en gran parte identificadas con fracciones de las altas.
- b) La existencia de unas pautas ideológicas diferenciadas, las del denominado catolicismo social, cuyo apartamiento hasta entonces de la lucha política partidista posibilitaba su adopción como fórmula de recambio ideológico, y cuya naturaleza, eminentemente católica, permitía su adscripción a los valores conservadores tradicionales.
- c) La existencia de una élite católica relativamente diferenciada, agrupada en la ACNP, diseminada por toda la geografía española y compuesta por más de medio millar de miembros de la alta y pequeña burguesía, que actuó como un auténtico canal de liderazgo de las diversas empresas políticas de la derecha católica.
- d) La existencia de una pequeña pero sumamente eficaz red asociativa, fundada y controlada por la ACNP, que incluía periódicos, sindicatos y asociaciones que permitieron asentar al partido en estratos sociales ya predispuestos y penetrar en otros nuevos.
- e) El apoyo incondicional de la Iglesia española, que disponía de excelentes vínculos orgánicos e ideológicos con los líderes cedistas.

³³ Cfr. *supra*, nota 7.

Este desequilibrio entre ambos *latecomers* (la CEDA, por ejemplo, decía contar ya en 1933 con cerca de un millón de afiliados) nos lleva al interesante problema de las relaciones entre el fracaso del proceso de fascistización experimentado por FE-JONS y las implicaciones de la fascistización sufrida por la CEDA. Evidentemente, el éxito de algunos partidos católicos, como ha señalado Linz, fue debido justamente a la incorporación de algunas posiciones semifascistas y, a veces, a la asimilación de un estilo seudofascista³⁴. El fracaso del proceso de fascistización, en sentido estricto, consumado como sabemos en 1934, confirió a la fascistización de la CEDA una importancia difícil de exagerar. En contra de lo sucedido en otros países europeos, la relación entre ambos fenómenos fue inversa: la fascistización cedista aumentó a medida que se iba patentizando la imposible recuperación del partido fascista. De ahí que la fascistización de la CEDA no deba entenderse como una táctica para competir con un enemigo inexistente en torno al control de espacios políticos próximos.

La fascistización de la CEDA puede entenderse mejor si atendemos a la observación de Jiménez Campo, común por lo demás a todo movimiento, de que «el fascismo no permaneció encapsulado en unos grupos políticos concretos, sino que llegó a impregnar, con mayor o menor intensidad, el conjunto de las prácticas contrarrevolucionarias de la Europa de entreguerras»³⁵. También si atendemos a las coordenadas del momento republicano: los partidos conservadores percibieron rápidamente la instauración de un proceso revolucionario que potenció su admiración hacia los casos alemán e italiano y justificó, en definitiva, una cierta mimesis respecto de ellos. De un lado, hacía el mensaje conservador más atractivo y renovado; y, de otro, se veía así beneficiario de modo indirecto de los éxitos de aquéllos, en especial por lo que se refiere a la destrucción del movimiento obrero organizado. En realidad no se trataba tanto de una especie de «rapiña política» —inserción de componentes ajenos—, cuanto de una afloración natural de ingredientes propios de su estrategia global contrarrevolucionaria. Consecuentemente, esos elementos no eran discernibles de otros «implícitos», sobre todo del destino final sufrido por la izquierda en Italia, Alemania o Austria.

La reconstrucción del contexto de la dinámica fascismo-antifascismo en España debe partir de la constatación de la situación internacio-

³⁴ Juan J. LINZ, «Some notes toward a comparative study of fascism», p. 27.

³⁵ JIMÉNEZ CAMPO, *El fascismo en la crisis*, p. 16.

nal. A los resultados de la represión de los partidos de izquierda en términos nazis o fascistas hay que añadir los sucesos austríacos con Dollfuss, jefe de un partido «hermano» de la CEDA³⁶. La Segunda República se configuraba desde el antifascismo europeo como un elemento de resistencia frente al inexorable crecimiento del fascismo europeo a partir de los años veinte. La situación interna presentaba también unas peculiaridades que hacían poco menos que inevitable la configuración objetiva de la CEDA como una amenaza, o como una promesa, fascista. Ahí están los testimonios de Ledesma Ramos³⁷ o de Maurín³⁸. Resultaba así un paisaje político donde un raquítrico *partido fascista*, sin esperanza alguna de acceso al poder, flanqueaba a un conjunto de organizaciones políticas —entre ellas la CEDA— que representaban el *peligro fascista*. En términos de lucha política, lo relevante no consistía en determinar qué formación era en puridad la fascista, sino en saber qué grupo político con implantación social y fuerza electoral representaba una tendencia fascistizante amenazadora de la continuidad democrática del régimen republicano. En la óptica antifascista el peligro era sin duda la CEDA, sobre todo a partir del programa político netamente contrarrevolucionario de 1933.

Claro es que el *tempo* español resultaba distinto. Cuando se proclama la Segunda República ya se percibe claramente la evolución de los fascismos europeos. Y ello alimentó contundentes respuestas por parte del PSOE ante un tardío fascismo español, en la acertada creencia de que su raquitismo político y electoral no tenía porqué ser tranquiliza-

³⁶ Con razón ha insistido Linz en la importancia de situar el caso de la crisis republicana española como el último eslabón de la cadena de quiebras democráticas ocurridas en Italia, Portugal, Alemania y Austria. En «From great hopes to civil war: the breakdown of democracy in Spain», en Juan J. LINZ y Alfred STEPAN (eds.), *The breakdown of democratic regimes, Europe*, Baltimore: John Hopkins University Press, 1978, p. 144. De LINZ puede verse también, más en general, *La quiebra de las democracias*, Madrid: Alianza, 1981.

³⁷ Como ya hemos dejado dicho, Ledesma cifraba todas sus esperanzas en los *fascistizados*, que según él era un grupo integrado por Calvo Sotelo y su Bloque Nacional; Gil Robles y sus fuerzas, las JAP especialmente; Primo de Rivera y sus grupos y un sector del Ejército. En *¿Fascismo en España? Discurso a las Juventudes de España*, Barcelona: Ariel, 1968, p. 72. En todo caso, la inclusión de la CEDA se hacía con la doble reserva de su incapacidad funcional para la violencia y de su estrecha dependencia de la «diplomacia vaticanista de Roma». (*Ibidem.* p. 190).

³⁸ Para él la CEDA aparecía como «el partido fascista más fuerte y más próximo al poder. (...) La CEDA, más que “fascios” y “sturmabteilungen”, es un conglomerado de detritus históricos con una cierta técnica electoral para embaucar beatas... El fascismo que representa es poco consistente». En Joaquín MAURÍN, *Revolución y contrarrevolución en España*, París: Ruedo Ibérico, 1966, pp. 210 ss.

dor. Incluso a pesar de unas condiciones socioeconómicas que, como hemos visto, dificultaban en nuestro país un fascismo rampante. Hoy sabemos que las causas que cegaron un desarrollo fascista en España son las mismas que explican la «solución» excepcional, en términos de guerra civil, de nuestra crisis de los años treinta. Pero estas constataciones, teóricamente correctas y aceptables, realizadas desde la mesa del investigador, no deben ocultar la realidad del marco político descrito. La carencia, hoy constatada, de las condiciones objetivas de desarrollo de un movimiento fascista típico en la España de los treinta no debe desplazar un intenso conflicto político en cuyo seno se enfrentaron percepciones que resultaban políticamente coherentes por más que hoy resulten científicamente incorrectas³⁹. La reacción antifascista de una izquierda consciente de la inexistencia de un partido fascista resultó así inseparable de las apelaciones antidemocráticas de una derecha fascistizada. A fin de cuentas no fue ni la primera ni la última vez en la que los españoles quisieron parecerse a Europa sin reunir los requisitos.

Por todo ello, estimamos que el debatido tema de la aproximación de la CEDA al fascismo no debe hacerse separando el análisis del discurso ideológico de un lado y la práctica política de otro. Tal planteamiento sólo sirve a la por demás evidente afirmación de que la CEDA no fue un partido fascista. Pero esta tarea no debe bloquear en ningún caso la declaración y constatación del problema de la fascistización cedista. Fascistización inseparable de sus propósitos contrarrevolucionarios, superior a un mero contagio ideológico e inferior a la encarnación de un auténtico partido fascista, que supuso en definitiva la radicalización autoritaria ante la crisis republicana del mayor partido español.

Las relaciones entre la CEDA y el fascismo no fueron, sin duda, lineales. Más bien tienen la complejidad de la ambivalencia, y deben de contemplarse desde la perspectiva de dos rasgos fundamentales. De un lado, la naturaleza profundamente confesional del partido, expresada programáticamente a través de la voluntad de incorporar la doctrina católica de la Iglesia; de otro, sus numerosas vacilaciones, retractaciones tácitas y contradicciones durante la corta historia republicana. Esta circunstancia se veía además favorecida por los sucesivos papeles desempeñados por la CEDA en muy poco tiempo. De mayoritario partido de

³⁹ No estará de más recordar que, a fecha de hoy, la cuestión de las causas del fascismo no es pacífica en la doctrina. Razón de más para no ser muy exigente con los rigores teóricos de nuestros antepasados de los años treinta...

la oposición pasó a partido árbitro de las coaliciones del segundo bienio, y de ahí a participante en ellas, para terminar luchando por la Presidencia del Consejo de Ministros.

La radical ambigüedad de sus grandes principios católicos, que compartían otras fuerzas políticas con diferente estrategia y táctica, agravaba todavía más esta circunstancia. En un único partido como la CEDA resultaba posible extraer de la doctrina católica la condena de la democracia, pero también su transformación; la propuesta de Estado Corporativo y los recelos ante él; la simpatía hacia los modelos fascistas y su rechazo. Por eso en marzo de 1933 el líder cedista Gil Robles condenaba el fascismo al hilo de una propuesta política al modo del *Zentrum* alemán. Lo que no era obstáculo para que en septiembre del mismo año, tras su viaje a Alemania, su juicio se tornara favorable hasta el punto de afirmar que «todo esto traza la directiva de un nuevo orden de cosas, que nosotros estamos en el deber de recoger, para armonizarlo con los postulados de la doctrina católica»⁴⁰.

El análisis de la postura de la CEDA ante el fascismo puede ayudarse por las contribuciones de su prensa y de las Juventudes de Acción Popular (JAP), rama juvenil del mismo. En lo que a la prensa se refiere, el juicio sobre los sistemas fascistas reproduce un sabia mezcla de alabanzas y críticas de modo tal que finalmente el lector extraiga un juicio positivo, que deviene entusiástico para el régimen de Dollfuss y sus acciones represivas contra los socialistas vieneses⁴¹.

Por su parte, las JAP, la organización política más fascistizada de la Segunda República, era, o pretendió ser, la vanguardia de la CEDA. Consumó un radicalismo ideológico reforzado por una práctica política interna fascista, el uso de uniformes y saludos de origen militar, la celebración de grandes concentraciones, la exaltación mesiánica del Jefe y un programa codificado en 19 puntos similar en algunos de ellos a los

⁴⁰ «Un rato de charla con el señor Gil Robles. Sus impresiones sobre el Congreso de Nuremberg», en *C.E.D.A.*, 10 (30 de octubre de 1933), pp. 5-6.

⁴¹ El acento solía cargarse en los éxitos contrarrevolucionarios. Las críticas al fascismo italiano recibían un paliativo en «los beneficios materiales..., inmensos y tangibles», por lo que, «en visión de conjunto, las alabanzas a la obra del Duce y del fascismo han de ser más abundantes y calurosas que las censuras». *El Debate*, 28 de octubre de 1932. Para los nazis siempre había algo de comprensión, pues se trataba de una «ideología nacional, constructiva, civilizada» al haber logrado «el gran esfuerzo y la magnífica consecución de haber barrido al comunismo y a los sindicatos socialistas». Incluso se llegó a aceptar de buen grado la disolución de su hermano político, el *Zentrum* alemán. *El Debate*, 31 de enero y 28 de junio de 1933. Pero, sin duda, la mayor euforia se manifestaba al tratar de Engelbert Dollfuss; de él se aplaudían fervientemente todos y cada uno de sus actos, acciones represivas incluidas.

de cualquier otra organización fascista. La JAP conoció una radicalización de tal índole que en su seno los elementos antidemocráticos se entrelazaban sin solución de continuidad con numerosos esbozos fascistas, sólo atenuados por el elemento tradicional de su catolicismo⁴². Elorza ha llegado a afirmar que supuso «una forma nacional de fascismo», o que su fascismo sólo es difuso «en la medida en que no viene definido por el partido en que se encuadra la Juventud»⁴³. Para la última fase de la República es perfectamente admisible la tesis de que las líneas de desarrollo incoadas por las JAP pretendían ser las que la CEDA asentaría cuando consiguiera la «totalidad» del poder⁴⁴.

La moderación de la CEDA en su proclividad hacia los Estados fascistas se corregía con las apelaciones a lo que denominaba «Estado futuro», una variante corporativista acuñada por el catolicismo social. La diferencia con los fascismos era nítida. Se trataba de una oferta de un Estado autoritario de corporativismo social frente al Estado totalitario del fascismo que no detiene su actuación en las fronteras de la sociedad. La táctica cedista implicaba utilizar las instituciones políticas para transformarlas en clave autoritaria y proceder en un momento posterior a implantar un sistema de corporativismo social. El modelo final consistía por tanto en un sistema apoyado en tres pilares:

- (i) En el orden económico, desaparición de la lucha de clases mediante el sometimiento de una de ellas a los ideales de paz y disciplina impuestos por otra.
- (ii) En el orden social, los sindicatos obreros se integrarían en las Corporaciones como instituciones que persiguen un «bien común» unilateralmente definido. Y,
- (iii) En el orden político, implantación de un conjunto de rígidos mecanismos de poder autoritario dirigidos a encorsetar las actividades de los grupos o entidades.

Todo esto quedó en uno más de los proyectos políticos que resultaron arrastrados por el vendaval de la guerra civil. Aunque muy distinta

⁴² José R. MONTERO, «Entre la radicalización antidemocrática y el fascismo: las Juventudes de Acción Popular», en *Studia Historica*, V (1987), pp. 47 ss.

⁴³ Antonio ELORZA, «El nacionalismo conservador de José María Gil Robles», en *La utopía anarquista bajo la Segunda República española*, Madrid: Ayuso, 1973, pp. 262 y 263.

⁴⁴ No se debe de olvidar que las JAP introdujeron un elevado número de candidatos en las listas electorales de 1936, y que decían contar con 225.000 afiliados. MONTERO, «Entre la radicalización antidemocrática y el fascismo» pp. 55 ss.

suerte correrán algunos de los elementos aquí formulados, que reaparecerán incluso en plena guerra, aunque ya en manos de la *nueva Falange*.

IV. De FE-JONS a FET-JONS: los efectos constituyentes de una guerra civil

Una de las claves más evidentes, auténtico secreto a voces en la España de 1936 según los testimonios de que disponemos, radicaba en la inviabilidad de un golpe de Estado como «solución» tradicional. En cierto modo ello nos ilustra sobre el carácter desesperado de la táctica falangista, que, como ya vimos, había optado claramente por aporrear las puertas de los cuarteles⁴⁵. El intento de golpe de Estado, tan deseado por Falange, y que fracasa ya el 17 de julio de 1936, abre la vía de la guerra civil. Se trata, consecuentemente, de un marco plenamente bélico que en la *zona nacional* determina la primacía del poder militar sobre cualquier otro. Es éste un dato que por su importancia conviene retener. Los intentos de obtención —so capa del bélico evento— de una fuerza armada dotada de autonomía, las milicias fascistas, no pasaron de aparatosos amagos, y el monopolio militar fue indiscutido, por lo que se refiere a unidades regulares.

Es importante también resaltar que el *Caudillaje* —término *militar*— tiene aquí su sentido y origen y puede ser definido como una «instancia» de decisión castrense, aunque situada más allá de la lógica que ello implica. Su traslación lenta pero implacable al campo de la política, al ritmo del nacimiento del «Nuevo Estado» y de sus exigencias, va a situarle permanentemente por encima de los distintos grupos políticos, cuyos proyectos están subordinados al éxito del empeño bélico. Este espacio político singular, creado por la proyección del Caudillaje «desde más allá» de la política, tendrá una doble funcionalidad: situar al Caudillo como árbitro que obtiene un *plus* de legitimidad decidiendo las pugnas internas, y convertirle en definidor del marco y lí-

⁴⁵ Cfr. la prototípica «Carta a los militares de España», de 4 de mayo de 1936, escrita por Primo de Rivera desde la Cárcel Modelo; que no cabe confundir con la «Carta a un militar español», de noviembre de 1934. En cualquier caso, en ambas está presente en primer término la idea decimonónica tradicional del Ejército como «última ratio». En José Antonio Primo de Rivera, *Obras Completas* (Recopilación de Agustín del Río Cisneros), Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1976.

mite de las mismas. Todo lo demás podía estar potencialmente sujeto a modificación⁴⁶.

A los nueve meses de haber comenzado la guerra, el Caudillo, que es ya Jefe del Estado *por cooptación militar*, firma el Decreto de Unificación de todas las fuerzas políticas alineadas en el bando rebelde. Esta decisión —de acuerdo con lo ya dicho— persigue la consecución del mayor grado posible de concentración de poder. La obtención de un bloque político homogéneo era una finalidad secundaria por el momento —un subproducto, si se quiere—, y desde luego siempre posible *manu militari*. Tan es así que, desde el punto de vista de los grupos políticos, la *unificación* comienza y termina realmente en esa fecha. Bastantes de sus postulados nunca pasarán del papel. Probablemente, no se quiso otra cosa. Una cierta indefinición programática, más allá de la concreta definición del enemigo, es la característica más relevante del nuevo Partido: una indefinición relativa que sentará las bases del poder político indiscutible e ilimitado del nuevo Jefe dentro de la estructura partidaria⁴⁷.

La Unificación, es decir, la renuncia a un poder de partido relativamente autónomo en favor del Jefe militar y Caudillo, fue aceptada por la gran mayoría de los antiguos militantes —la vieja guardia— de Falange con la resignación que se deriva de lo inevitable. Y, en no pocos casos, con la esperanza de mejorar posiciones en los reajustes y modificaciones que necesariamente iban a producirse. En definitiva, se trataba de un resultado implícito en la debilidad política de FE-JONS y en su comportamiento acusadamente sectario, no muy a la zaga del de los tradicionalistas. Unos y otros pusieron todo de su parte para propiciar una decisión que les reducía prácticamente a comparsas civiles de una empresa que, en ese concreto momento, ofrecía la imagen de un negocio casi exclusivamente militar.

Para Falange, el resultado de todo ello no pudo ser más nefasto, aunque otra cosa opinaran por el momento muchos militantes. De hecho, Falange se ve así situada —objetivamente— dentro de un bloque contrarrevolucionario heterogéneo. En el Partido nuevo no sólo habitaban —por Decreto— falangistas y carlistas (la famosa *T* de Tradiciona-

⁴⁶ Una interpretación más amplia del franquismo, coherente con el aspecto aquí desarrollado, puede consultarse en Ricardo L. CHUECA, «Sobre la relativa evolución del régimen franquista», en *Revista del Instituto Gerónimo de Uztáriz*, 3, 1989, pp. 40 ss.

⁴⁷ Lo que sí varió, al compás de los acontecimientos internacionales, fue el *grado de mediación orgánica* del Caudillo respecto de su Partido. Pasados los primeros años optó por la figura del *encargado* personal. Ya incluso lo fue Serrano Suñer.

lista), sino también el elenco de conspiradores de Renovación Española y hasta militantes de la CEDA como Serrano Súñer, promotor y diseñador material del tinglado que en adelante se llamaría FET y de las JONS.

La secuencia política aquí expuesta es paradigmática, no sólo para el nivel de los acontecimientos políticos, sino incluso para el mucho más sutil de la concurrencia ideológica. En el marco y en las condiciones expuestas se producirá la inserción de algunos de los contenidos ideológicos fascistas que Falange había propagado hasta entonces con tan escaso éxito. Además se prestaba a *representar* la función de Partido Unico en el Estado surgido de la confrontación. Pero se trataba de los restos de un partido con un bagaje ideológico reducido y escaso. Y de muy problemática adecuación, en algunas de sus partes, a la nueva situación. Precisamente las imprescindibles manipulaciones necesarias para esa adecuación y el inevitable saqueo en ideologías próximas, aunque ajenas, van a reproducir en el plano ideológico la situación de dependencia ya descrita.

La diferencia, la gran diferencia, con el resto de los componentes políticos del Nuevo Estado residía en lo que Falange tenía de innovación. El problema estaba en que en el *Nuevo* Estado nadie quería innovaciones. Al fin y al cabo se trataba de algo sobradamente comprobado por Falange tras su fracaso republicano. No obstante, las aportaciones se produjeron con los condicionantes aludidos. En unos casos el mensaje ideológico va a estar condicionado *ab origine* por proceder de grupos sociales anacrónicos. En otros puede hablarse de auténtica sumisión a las formulaciones de la derecha más ultramontana si excluimos pequeñas actualizaciones semánticas. Sin embargo, para alguno de los casos y fases del proceso de fijación ideológica, el papel del fascismo como moderna defensa de un determinado orden social y económico aparece con toda nitidez, aunque de modo secuencial⁴⁸. Esta mixtificación de la ideología no hacía sino reproducir las exigencias de la fracción de la formación social española que había resultado, en términos generales, victoriosa en la contienda bélica.

Una selección que ejemplifique los procesos y términos descritos es siempre dificultosa, sobre no poder además ser —aquí y ahora— mucho más que meramente indicativa. Pese a ello, parecen inevitables las referencias a los temas que siguen.

⁴⁸ Obviamente el plano ideológico funciona en esta exposición con pretensiones de paradigma. Para la transposición a otros niveles de la tesis que se sostiene puede consultarse Ricardo L. CHUECA, *El fascismo en los comienzos del Régimen de Franco*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983.

1. *El nacionalismo*

La idea de Nación opera en la ideología falangista de modo similar a cualquiera de los fascismos europeos, con las adecuaciones que son del caso. Y tampoco comporta diferencias sustanciales si nos fijamos en los movimientos reaccionarios españoles (*Acción Española*, *Renovación Española*). En realidad no caben muchas originalidades en su planteamiento. Se trata de utilizar la Nación como *representación colectiva* a donde se remiten las contradicciones que genera un orden social específico. Como entidad supra-personal y metafísica se sustrae a cualquier exigencia de racionalidad. Su configuración *mítica* es necesaria para que soporte consideraciones arbitrarias y hasta contradictorias. Se trata, claro es, de una corrupción de la idea de Nación.

La peculiaridad de la formulación falangista residía en que, en su presentación, el mito nacional contenía elementos provenientes de *dos ideas distintas* de Nación, reflejo —necesariamente conflictivo— de dos *tempos* históricos distintos. La primera descansa en la idea de Nación como resultado, *natura naturata*, fletada por el pensamiento reaccionario contra el primer liberalismo, que, al concebir la nación como un precipitado histórico, reclamaba inmediatamente la inmutabilidad del orden social. No obstante el planteamiento organicista subyacente, la Nación como *ente vivo* proporcionaba cierto margen de manipulación para afrontar alteraciones sociales inevitables. Su versatilidad cautivó a los movimientos fascistas europeos, y también a los españoles, pero con una importante salvedad. En el caso de la sociedad española el sujeto que había fletado la idea conservadora de Nación no era residual en ese momento histórico. Un pensamiento tradicional, vigoroso y muy arraigado en extensas zonas y amplias capas sociales, no estaba dispuesto a que la idea de Nación sufriera ningún tipo de re-adequación en clave fascista. Consecuentemente, nuestro fascismo utilizaba una idea que resultaba anacrónica al no poder asumir dos aspectos esenciales: negación de la lucha de clases y asunción de la idea fascista de Revolución.

La segunda idea de Nación era de más moderna factura y provenía parcial e indirectamente del pensamiento conservador alemán. Al ser una idea ligada a la clase burguesa, era en nuestro país tremendamente débil. Era, además, laica. Esta idea de Nación como *proyecto*, como algo que se realiza día a día, debió ser leída por nuestros fascistas en Ortega, aunque ya está en Menéndez Pelayo: la Nación como principio organizador, como «plebiscito cotidiano», como re-

sultado de la translación del individualismo e igualitarismo al colectivo⁴⁹.

Ambas formulaciones convivirán en precario equilibrio en el seno de Falange hasta 1936. La guerra dibujó un panorama en el que la utilización de la idea nacional como elemento de integración simbólica pierde gran parte de su virtualidad ante la evidencia de las armas. La Nación se tornará, cada vez más, resultado indisponible para los derrotados: una auténtica instancia de adhesión.

Mas no fue ésta la única modificación. Había otro aspecto vidrioso: el componente secular de esta segunda idea de Nación era «excesivo». Con la cadencia característica de tan perenne institución, la Iglesia recordaba los peligros de un *excesivo endiosamiento* de la idea de Nación⁵⁰. Si a ello unimos el papel del Ejército en la «solución» de la crisis de 1936 tendremos todos los mimbres para la aceptación de un nuevo término —que había tenido previamente diversos propietarios— y que recoge en singular equilibrio todas las exigencias requeridas: el concepto de *Patria*, considerado de recibo por los grupos que integraban el bando vencedor.

2. Antiliberalismo

Es sabido cómo con carácter general los fascismos construyen sus fórmulas ideológicas fundamentales desde la ventaja estratégica de la negación. Y, en consecuencia, cuando se habla de antiliberalismo, no se produce una oferta que alternativamente suministre el recambio a la nada que la negación supone. Ello es así porque en realidad la clave de la coherencia interna de las negaciones del fascismo es la idea de *enemigo*. De modo que la detección de los verdaderos objetivos de sus formulaciones supone un ejercicio particularmente dificultoso; se trata de reconstruir el *negativo* de lo que en cada momento sea el enemigo, que

⁴⁹ He aquí la formulación orteguiana: «Es la Nación algo que está más allá de los individuos, de los grupos y de las clases; es la obra gigantesca que tenemos que hacer, que fabricar con nuestras voluntades y nuestras manos; es, en fin, la unidad de nuestro destino y de nuestro porvenir». *Rectificación de la República*, Madrid: Revista de Occidente, 1973, p. 172.

⁵⁰ Por simplificador que pueda resultar es de cita obligada aquí la escalofriante, aunque coherente, afirmación de José CORTS GRAU: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios; pero esta sentencia evangélica no puede hacernos olvidar (...), que el César también es de Dios» En *Motivos de la España eterna*, Madrid, 1946, pp. 22 ss. La idea está ya en Vázquez de Mella y fue desarrollada por el catolicismo clericalizado de nuestros conservadores.

es por supuesto cambiante y está sometido a estrictas exigencias de oportunidad política.

Tal «juego de manos» ideológico es posible evidentemente sólo en un marco crítico como el de la Europa de los años treinta. Precisamente por ello el *anti-* se configura como una reacción compulsiva, no racional y materialmente indefinida, siempre dispuesta a modificaciones manipuladoras. Sin embargo, y más allá de esta aleatoriedad o precisamente en pro de ella, el liberalismo negado por el falangismo no guarda especial relación material con lo que por tal se entiende. Y desde luego el cúmulo de denuestos y negaciones apenas sirve para encubrir el dato fundamental: la afirmación y defensa a ultranza del principio de propiedad privada de los medios de producción. La retórica falangista está llena de alabanzas a la misma, especialmente como dato tranquilizante de las huestes más conservadoras alineadas en el bando nacional. A excepción de dos o tres excesos pasajeros, no hay una línea consistente en Falange de ese anticapitalismo anómico característico de otras versiones fascistas.

Las conexiones con los grupos conservadores se aprecian en más niveles. Por ejemplo, en el de la disciplina como valor superior: sobre encajar en la veta irracionalista del fascismo, enlazaba con el papel ascendente de los valores militares en plena guerra civil. En realidad se difuminaba, consciente y voluntariamente, la línea divisoria entre lo militar y lo miliciano. Cada factura pagaría el Partido por tan alegres confusiones. Por otro lado, el señuelo del antiliberalismo descansaba en una constante de gran parte del pensamiento conservador español: la afirmación de la existencia de una verdad más allá de los hombres, y, por lo tanto, indisponible. Esa inexistencia de *verdades* alternativas quedaba simbolizada en el Partido único.

Todos estos elementos de fusión encadenaron formulaciones ideológicas que habían fracasado en su busca de un camino propio en los años republicanos. Pero la fusión fue posible porque más allá de esas opciones había una base común. Reaccionarios y fascistas se encontraban en realidad ante aporías similares, producto de una misma contradicción. Ambos proponían por caminos distintos un paliativo idéntico: un naturalismo justificador de un orden social contradictorio y concebido como artificial.

3. Antimarxismo

Con los matices que veremos, la oferta falangista en este punto no iba mucho más allá de intensificar y profundizar las propuestas contrarrevolucionarias de todo el espectro derechista. La elaboración ideoló-

gica tiene, sin embargo, más calidad en tanto que se plantea una defensa global y abstracta frente al marxismo. Para nuestros fascistas, marxismo era sinónimo de *materialismo*, de negación de lo espiritual, del concepto spengleriano de civilización. En *negativo*, el marxismo era el rechazo de la civilización, de los valores espirituales. Alternativamente se ofrecía la igualdad «espiritual» frente a la «puramente material», oferta que intentaba reproducir el éxito que los nazis habían obtenido entre las clases medias atemorizadas por el «pánico social» de la proletarización. Esta era una aportación novedosa en España, aunque no original. Pero en 1936 era ya de utilidad secundaria.

La novedad fundamental de Falange en este aspecto estribaba en enfrentarse al movimiento obrero con armas distintas a las tradicionalmente utilizadas por la derecha reaccionaria española. Como todo fascismo que se precie, y sin abjurar de aquéllas, aspiraba a convertir en innecesarias las tradicionales prácticas represivas al menos como componente esencial. En realidad se incoaba así el elemento totalitario: frente al Estado marxista de clase, el Estado como instancia neutral por encima de las clases sociales. Frente a una espiritualidad *naturalmente* derivada del orden social, el marxismo reduccionista que despoja al ser humano de su componente espiritual.

El proceso de adecuación va a producirse aquí de modo un tanto curioso. De un lado, la defensa de la civilización, concepto agresivamente laico, se va a ir tiñendo de un tono cada vez más religioso al tiempo que, por ausencia de marxistas —oficial y militarmente exterminados con la guerra—, se afirmará claramente un impreciso antimaterialismo mucho más versátil. En una segunda variante, más táctica, el anti-marxismo se irá tornando crecientemente, al hilo de la II.^a Guerra Mundial, en anti-comunismo, en cuya clave se explicará después la División Azul, que habría acudido a Rusia a defender la civilización (occidental, por supuesto). Incluso se llegará con el tiempo a una pintoresca nacionalización del mismísimo marxismo⁵¹.

Por eso, cuando en la significativa fecha de 1945 el diario del Partido, *Arriba*, afirma como «*Justificación más alta*» del Régimen de Franco «el peligro comunista», está poniendo en evidencia hasta qué punto es importante en un sistema totalitario el papel del enemigo. Al cabo, es el *enemigo* quien justifica la propia existencia política.

⁵¹ Un ilustre Secretario General defenderá en 1944, impávido y por escrito, las diferencias favorables en la comparación entre un comunista español o europeo —siempre civilizado— y un comunista *ruso* (sic). Cfr. José L. ARRESE, «Exhortación al Occidente», *El Español*, febrero de 1944.

4. *Un Orden político y social armónico*

Es justamente en los temas ideológicos que presuponen un proyecto social y político completo y cerrado donde aparecen las limitaciones de nuestro raquítrico fascismo. Cuando a causa de los acontecimientos bélicos Falange, y sus reducidos cuadros, alcanza una posición a la que nunca pudo aspirar en la lucha política normalizada de la República, se encuentra ante un hecho paradójico. Mediante el Decreto de Unificación Falange se convierte en motor político de una serie de grupos sociales manifiestamente refractarios a su mensaje. La consecuencia será inmediata y evidente. El Partido está destinado a protagonizar un proyecto que en sus líneas fundamentales *le viene* dado. Por lo tanto, su actividad política se torna subordinada y, en todo caso, instrumento de logros ajenos.

Claro que esta afirmación debe incluir una serie de salvedades, alguna de ellas decisiva. Es la principal que la pérdida de la propia identidad estaba al servicio de más altos y valiosos objetivos. A la postre, el objetivo final era común a las diversas facciones políticas, a pesar de su desigual fervor: en todos los casos se perseguía la restauración posterior reproducción de un orden social y económico cuyas contradicciones habían alumbrado una gran crisis social y política. Se cifraba en un objetivo triple:

- a) Negación radical de la lucha de clases, de su existencia y de sus manifestaciones, tanto más enérgica cuanto que había que mantener su causa original: el arcaico capitalismo español.
- b) Remisión de la idea de producción a la de totalidad, personificada por un Estado-árbitro, que, como sujeto neutral, dictaría las condiciones de trabajo en forma de decisiones *políticas* obligatorias.
- c) Legitimación de la desigual posición de los sujetos productivos, mediante la negación de la existencia de intereses contrapuestos. O, alternativamente, mediante la técnica corporativista de negar la transcendencia de las desigualdades económicas más allá de la economía.

Una consecuencia de ello resultó ser la dependencia y subordinación de Falange en estos terrenos, que llegó a presentar unos rasgos lamentables. Se erigió, por un lado, en guardián de las más penosas tendencias autárquicas del capitalismo español, jaleando un aislamiento que alentaba implícitamente prácticas económicas arcaicas. Y favoreció, por otro, un alto grado de intervención económica estatal que, si

posibilitó el despliegue de la mole de los Sindicatos Verticales, tenía como misión fundamental corregir y moderar los «excesos» que pudieran tener consecuencias políticas negativas para el sistema. Los términos en que los jefes falangistas defendían simultáneamente la propiedad privada y el «anticapitalismo» recordaban —a veces literalmente— los utilizados por los líderes cedistas, cuando no por los Papeas. Por mucho que la camisa fuera azul, y el lugar un local del Sindicato Vertical.

V. A modo de conclusiones

En la actualidad, cuando ya no resulta necesaria la condena militante del fascismo ni siquiera como afirmación alternativa de un proyecto democrático, es aconsejable despojar los planteamientos epistemológicos de aquéllos perfiles que tenían como objetivo expresar un contraste previamente establecido: el que media entre un sistema democrático y otro totalitario, debelador de las libertades. Es decir, que no se pueden mantener planteamientos eternizadores de *un presente que ya no lo es*. La demanda de un mayor rigor científico es aquí y ahora consecuencia —casi un lujoso logro— de nuestro *presente* democrático. En este sentido, agudizar los perfiles *demoníacos* del fascismo español no reporta utilidad científica alguna; a no ser que se entienda que «a más maldad, más fascismo» o, si se prefiere, el diablo como el primer fascista. Antes bien, por ese camino se llega a muy curiosas paradojas. Recuérdese que, en nuestra particular historia nacional de desatinos, asistimos primero a una carrera de autocalificaciones como fascista cuando Europa padecía los furores del fascismo. Posteriormente la carrera —con idénticos protagonistas— se invirtió, para derivar en un cínico concurso de condenas a los fascismos ahora derrotados. En ese momento la bandera fue tomada por los antifascistas victoriosos allende nuestras fronteras, que llegaron a motejar al franquismo de fascismo «frailuno»⁵².

Se trata, pues, de huir de las condenas..., tanto como de las absoluciones. Al fin y al cabo, la sociedad española de los años treinta dio de sí, en fascista, lo que pudo y necesitó. En tal sentido, la labor del inves-

⁵² Se pretendía por esta vía —o por la del «maquis»— convencer a los aliados occidentales de que todavía quedaba un sistema fascista por derrotar en Europa. Se trataba de intentar que la España franquista *perdiera* la Segunda Guerra Mundial como forma de derrocar al Régimen.

tigador debe consistir en averiguar los porqués de ese fascismo concreto con sus logros y fracasos. Con las limitaciones propias del empeño, es lo que se ha pretendido en estas páginas. Nos parece la única fórmula para escapar de algunos de los peligros y amenazas que se ciernen sobre estas investigaciones en la actualidad. Así podrá evitarse la cada vez más habitual historia de personajes, que ha sustituido a las hasta hace poco omnipresentes masas. Y podrá también discutirse con rigor esa omnímoda «libertad» en la interpretación de nuestros acontecimientos políticos más recientes que llega, en algunos visionarios, a establecer una continuidad lógico-causal entre franquismo y democracia⁵³. En efecto, si se ignora la continuidad de los procesos sociales y políticos, una dictadura que durante cierto tiempo tuvo una naturaleza totalitaria y una serie de componentes fascistas, sólo pudo alumbrar una democracia mediante tres posibilidades: o no se trata de una tal democracia, o —de serlo— fue forjada por la propia dictadura, o, finalmente, resultó ser obra de un grupo de personas providenciales.

De todo ello resulta la exigencia de un análisis capaz de integrar fascismo y franquismo y que haga comprensible —en un modelo no contradictorio— el proceso político complejo que desembocará en la transición política a la democracia. Ello implica un conocimiento muy preciso de los componentes originales del franquismo y sobre todo de sus grupos sociales de apoyo, cuya evolución —a pesar del propio franquismo— a lo largo de cuatro décadas sí deberá de contribuir a explicar, junto a otros factores desde luego, algunos de nuestros acontecimientos políticos más cercanos.

⁵³ La tesis vendría a sostener que durante el franquismo se fueron sentando los elementos para establecer la democracia en España. En algunos casos con la implícita insinuación de que el propio General Franco habría estado en el secreto de tal evolución.